



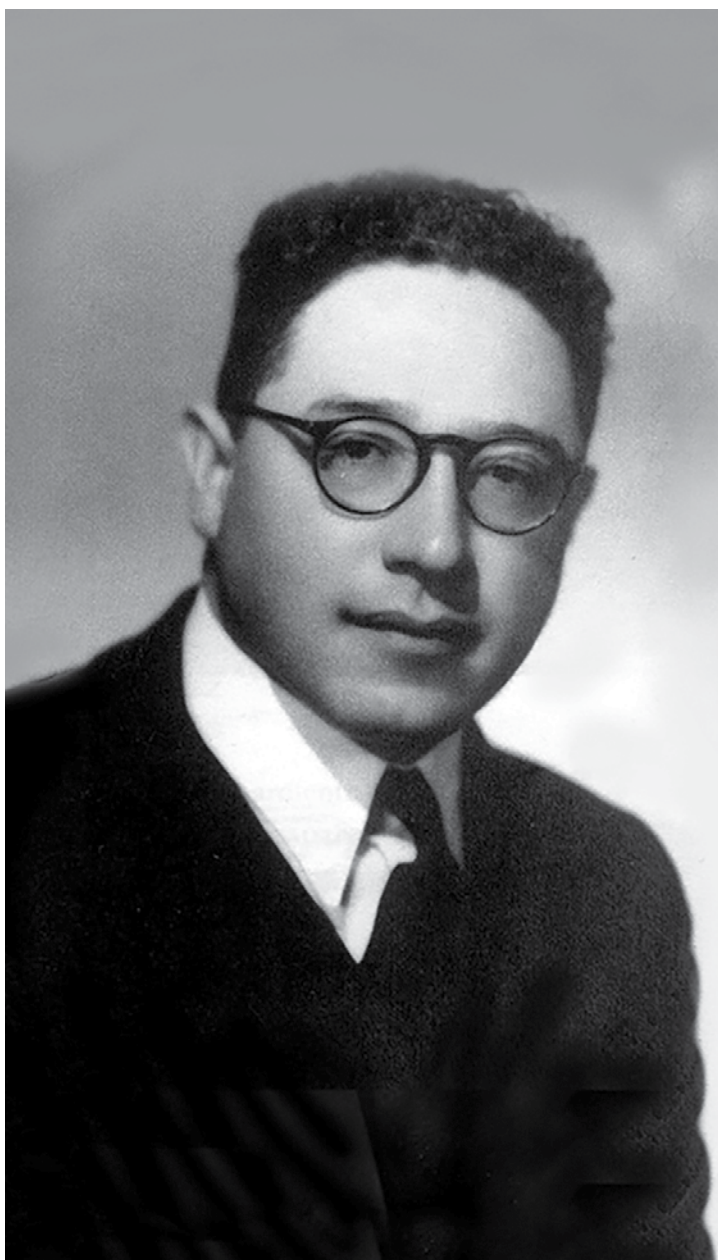
Enseñar con amor es enseñar dos veces^{*}

Por Alfonso Sánchez Arteche

Como águila caudal que remonta el vuelo para alumbrar con sus alas el valle de Matlatzincó, como relámpago que anuncia la proximidad de la lluvia sobre la tierra reseca, como antigua deidad que se niega a morir y pervive en el alma de aquellos que aprendieron a venerarla por los dones que les sigue prodigando, Horacio Zúñiga fue y continúa siendo el maestro del pensamiento, el orfebre de la palabra, el forjador de un mundo de imágenes que no han perdido vigencia porque brotaban del fondo de su ser, del espíritu de su tiempo y de la verdad del pueblo al que amaba.

No vale la pena discutir sobre cuestiones tan mezquinas como el lugar o la fecha de su nacimiento; tampoco debemos ocuparnos de la impresión que causaba su personalidad subyugante y contradictoria. Era un ser excepcional y despertaba admiración o rechazo en sus contemporáneos. Lo importante son sus enseñanzas y su ejemplo.

Por la universalidad de su cultura, la originalidad de sus ideas, esa capacidad innata para ir construyendo cada discurso o cada lección como una pieza de orfebrería, brillante por su materia y deslumbrante por su sen-



^{*}Fragmento del discurso pronunciado en la Velada Luctuosa de Horacio Zúñiga, 13 de septiembre del 2017.

tido, Zúñiga ha sido llamado el Savonarola laico por Clemente Díaz de la Vega y alfarero de luces por su egregio discípulo José Muñoz Cota.

Amante de los valores cívicos y morales, como el predicador italiano Girolamo Savonarola, o como siglos atrás lo fueran el griego Demóstenes o los romanos Cicerón y Catón el Censor, el orador toluqueño fustigó toda clase de abusos y desviaciones de la sociedad moderna. Adelantándose a su época, advirtió sobre el peligro que representaba una sociedad mecanizada, interesada sólo en lo material e incapaz de apreciar el arte como depósito de las altas expresiones de toda civilización desde la Antigüedad. Antes que Huxley, en su *Mundo feliz*, o George Orwell, con su 1984, o bien Ray Bradbury, en *Fahrenheit 451*, adivinó la amenaza de un mundo robotizado y falto de ideales. Pensaba que aún los pueblos más primitivos privilegian el arte como expresión del desinterés ante los objetos que no producen beneficio material alguno, pero estremecen el alma de quienes lo disfrutan.

En lo intelectual, Zúñiga valoraba la noble tarea de educar como un acto de rendición que debe nivelar a los más pobres con los más acaudalados. Como hombre de su tiempo, vivió y se desarrolló en el contexto de una revolución y dos guerras mundiales. De ahí que su sensibilidad le hiciera percibir la ciencia histórica como un fenómeno de creación artística. Manifestaba la necesidad de que en “la Historia futura haya tanta imaginación reconstructiva como inquisiciones eruditas”; vaticinaba, igualmente, que “se llegará a la historia por excelencia, cuando se consiga hacer de ella no únicamente un motivo de análisis y disección, sino esencialmente un objeto de síntesis y cuando cada historiador a la par que un investigador sea un imaginativo, es decir, un artista, capacitado para hacer de la historia no una mera cronología, una crónica o un inventario sino ante todo una obra de arte”.

Sorprende que estos conceptos plenos de madurez y profundidad hayan sido escritos por el joven Horacio Zúñiga, cuando sólo contaba con dos décadas de vida, en su primer libro de poesía titulado *Ánfora*. Desde los 13 años ya era un estudiante destacado y un consumado orador. En el Instituto Científico y Literario de Toluca abrevó en la vigorosa tradición de Heredia, “El Nigromante”, Altamirano, Juan B. Garza, Felipe N. Villarello, Agustín González, Anselmo Camacho e Isidro Martínez. Más tarde se trasladó a la Ciudad de México donde siguió cursos con los hermanos Antonio y Alfonso Caso, Miguel Lanz Duret, Luis



Foto: Cortesía de Héctor Sumano



G. Urbina y el quijotesco don Erasmo Castellanos Quinto.

Ánfora fue publicado en 1920 cuando se iniciaba como maestro en el Colegio Mexicano, donde dictaba los cursos de Economía Política y Legislación Mercantil; en 1922 pasó a la Escuela Nacional Preparatoria para impartir las materias de Lengua Castellana y Literatura. Como formador de mentes libres y críticas se incorporó a las plantas docentes de diversas secundarias y de la Normal de Maestros en la capital de la república, para finalmente regresar a Toluca como catedrático de su *alma mater*, cuyo himno compuso en una época de penurias en que era necesario levantar la moral y fortalecer el sentido de identidad entre maestros, alumnos y la sociedad del Estado de México. Sin embargo, donde se consumó su pasión por la enseñanza fue en las escuelas normales y en la Escuela de Artes y Oficios para Varones.

Su *Verbo peregrinante* forja amaneceres, simiente en que germina el amor o se arraiga el dolor, cala tan hondo en el tejido emocio-

nal de sus alumnos que para muchos de ellos la elocuencia horaciana se vuelve una segunda naturaleza y un apostolado. Sus herederos intelectuales formaron una pléyade de figuras tanto de la política como de las letras y las más diversas profesiones liberales. Sólo por citar a algunos de ellos, los que vienen a la mente de inmediato son José Muñoz Cota, Donato Miranda Fonseca, Adolfo López Mateos, Guillermo Tardiff, Tito Ortega, Arturo García Formentí, Baltasar Dromundo, Juan Manuel Carrillo y, para mayor orgullo, el premio Nobel de Literatura Octavio Paz.

Recientemente la UAEM reeditó sus 14 libros de poesía, tres novelas y seis ensayos en la colección “Horacio Zúñiga Anaya, la luz del conocimien-

to”, nueve tomos que exigen una lectura paciente, cuidadosa y profunda [...]

El 13 de septiembre es una fecha aciaga que nos recuerda el sacrificio de los “aguiluchos de Chapultepec”, “símbolo del más puro patriotismo”, y también nos entrega la memoria del águila señera que abatió sus alas para siempre en la ciudad a la que tanto amó en sus días más fértiles, pero de la que recibió las más amargas decepciones. Pocos meses antes, el Instituto, “perínclita cumbre”, se había transformado en Universidad Autónoma y con esa transición llegaría el centro del saber que él y muchos otros institutenses habían soñado.

Que nuestra máxima casa de estudios mantenga vivo el recuerdo de quien supo honrarla y renombrarla con la idea de que si la educación implica la más elevada y pura forma del amor, enseñar con amor es enseñar dos veces. Hoy, maestro, cuando todas tus obras están publicadas nos es posible conocerte más para entenderte mejor, para que tu presencia siga viva, por siempre, en la mente de los universitarios como una zarpa de luz, entre espumas y oleajes. 🐉



Alfonso Sánchez Arteché es uno de los poetas, ensayistas e historiadores mexiquenses más reconocidos de la época contemporánea. Ha colaborado para numerosas revistas y suplementos además de ser promotor cultural y jefe de áreas de redacción y comunicación en dependencias de la entidad. Actualmente es miembro ex-oficio del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.